

El «Francesismo»

José María Eça de Queiroz

Hace ya muchos años que lancé esta fórmula: *Portugal es un país traducido del francés a la lengua vernácula*. La frialdad, la irritación con que fue acogida, me probó irrefutablemente que mi fórmula era sutil, exacta, y que se ajustaba a la realidad como un guante. Y para mantener en ella la inapreciable ventaja de la exactitud, me vi muy pronto obligado a alterarla, de acuerdo con la observación y la experiencia. Y la lancé de nuevo, perfeccionada de esta forma: *–Portugal es un país traducido del francés a la jerga de arrabal*. Y esta vez mi fórmula fue acogida con simpatía, con regocijo, y rodó de mano en mano como una moneda de oro bien acuñada y resplandeciente, que es agradable mostrar y hacer retañir sobre el mármol de los cafetines. Y la encontré brillando en un almanaque, en una comedia del Príncipe Real¹ y en un sermón. ¿Por qué se produjo esta nueva y cariñosa acogida? ¡Quién sabe! Tal vez porque la idea de lo vernáculo resultaba desagradable, sugería la pedantería, el conservadurismo, la Academia de las Ciencias, el polvito de rapé y otras cosas antipáticas. Mientras que la idea de jerga nos sugiere, sobre todo a los lisboetas, la alegre chanza, el bacalao encebollado, el Chiado², el Grémio³, la merluza frita en el campo, en tardes de sol y polvo, y otras delicias, de las que yo, ay de mí, me encuentro aquí privado.

En cualquier caso, bien a la manera de Curvo Semedo⁴, el clásico, bien a la manera de Zé Pinguinhas⁵, el fadista, es evidente que hace

¹ Teatro Príncipe Real, hoy desaparecido. Fundado en 1864 y situado en la rua da Palma, en el actual Largo Martim Moniz, en la Baixa, cerca del Rossio. Este teatro era muy frecuentado por las clases populares.

² Zona central de Lisboa donde se localiza el corazón del escenario queiroziano, con sus hoteles, restaurantes, pastelerías, clubes, teatros, casinos, etcétera, presentes en la mayoría de sus escritos.

³ Club literario del que Eça era socio, situado en la rua de São Francisco, hoy rua Ivens, nº 37. Fue fundado en 1846 por Almeida Garrett y Rodrigo da Fonseca Magalhães. Se trata de uno de los lugares más emblemáticos de la literatura del autor de Los Maia.

⁴ Curvo Semedo, poeta portugués (1766 - 1838), fue uno de los más distinguidos miembros de la academia literaria «Nova Arcadia», donde recibió el nombre poético de Belmiro Transtagano. Cultivó una gran variedad de géneros y tradujo las Fábulas de La Fontaine.

⁵ Zé Pinguinhas o José das Pinguinhas, fadista noctámbulo, bohemio y amante de la bebida, era un personaje popular de la Lisboa ochocentista. Pinguinhas deriva de pinga:

cuarenta años, desde la Patuleia⁶, Portugal está inclinado sobre el pupitre de la escuela, muy aplicado él, con la punta de la lengua fuera, elaborando su civilización, como si fuera un arduo tema, que va vertiendo de un grueso modelo abierto delante, que es Francia. ¿Quién puso allí el modelo para que Portugal lo copiase, con sus trazos gruesos y sus perfiles? Tal vez los hombres de 1820⁷, tal vez los románticos de la Regeneración⁸. Yo no fui, y sin embargo he sido acusado con acritud, en los periódicos, o en esos pedazos de papel impreso que en Portugal pasan por periódicos, de ser *extranjerizante*, *afrancesado*, y de contribuir, con la pluma y con el ejemplo, a *desportuguesizar* Portugal. Se trata de uno de esos errores de salón en los que tan fértil resulta la frivolidad meridional. En lugar de ser el culpable de nuestra desnacionalización, soy uno de sus melancólicos resultados. Apenas nací, apenas di los primeros pasos, aún con zapatitos de *crochet*, comencé a oler a Francia. En torno a mí no había más que Francia. Mi más remoto recuerdo es el de escuchar, en las rodillas de un viejo criado negro, gran lector de literatura de cordel, las historias que él me contaba de Carlomagno y de los Doce Pares. Por supuesto que había allí grandes lecciones de valor, de lealtad, de heroísmo: pero eran virtudes caballerescas que se ponían a prueba en los montes de Provenza o de Navarra. De caballeros portugueses, que acuchillasen a los moros, nunca me contaron ninguna historia junto al fuego. Mi negro también leía cuentos tristes de las aguas del mar. Eran las aventuras de un tal Juan de Calais. Las naves se hundían, los gavieros gritaban *tierra*, pero todo ocurría en los fríos mares de Bretaña. De navegantes portugueses, en galeones portugueses, jamás me contaron ninguna historia junto al fuego.

Después me enseñaron a leer: y el Estado, que a buen seguro tenía interés en que yo supiese leer, y que a través de sus Instituciones Públicas, había considerado prudentemente el libro que más me convenía como lección moral y patriótica, me puso en las manos un volumen

«trago», «aguardiente» en portugués. (Debemos esta información a la amabilidad de A. Campos Matos, autor del *Dicionário de Eça de Queiroz*, Caminho: Lisboa, 1993).

⁶ La decisión de la reina Doña Maria II de llevar al poder a los cartistas, alegando la defensa de la Carta Constitucional de 1826, llevó a los setembristas (defensores de la más liberal Constitución de 1822) en noviembre de 1846, a iniciar una revuelta en Oporto, que se extendió rápidamente, y que se conoce popularmente con el nombre de «Patuleia».

⁷ En 1820, en la mañana del 24 de agosto, tuvo lugar en Oporto la revuelta liberal que pondría fin al periodo absolutista denominado Regência Inglesa.

⁸ El concepto de Regeneración se aplica en Portugal al periodo que va de 1851 a 1868, durante el cual se dieron profundas transformaciones en el país, decisivas para la instauración de una sociedad moderna y burguesa.

traducido del francés, titulado *Simón de Nântua*. Eran las aventuras de un hombre justo: abundaban allí los ejemplos de modestia, de diligencia, de caridad, de pudor; pero todas esas virtudes, delicadas e íntimas, se exhibían lejos, en Dijon, en Alsacia y en las posadas de Picardía. De modo que, para mí, todos los justos, al igual que todos los héroes, sólo en Francia se daban en su perfección, como los espárragos; en esa Francia de donde venía todo lo que es amable, de donde yo mismo había venido, como otros niños, en un azafate de alhucema y clavo. Después comencé a ascender el duro calvario de las reválidas. Desde ese momento lo más importante para el Estado era que yo supiese bien francés. Claro que el Estado me enseñaba otras disciplinas, entre las cuales había dos, grotescas y horrorosas, que se llamaban, si no recuerdo mal, Lógica y Retórica. Una estaba destinada a que supiera pensar bien, y la otra, correlativamente, a que supiera escribir bien. Yo tenía entonces doce años. Para que supiese pensar, el Estado y sus profesores me forzaban a memorizar a diario varias páginas de definiciones de fórmulas misteriosas, que contenían la esencia, el secreto de las cosas, compiladas del francés, de viejos compendios de escolástica. ¡Era terrible! El catedrático, tozudo y taciturno, preguntaba:

– ¿Cuántos son los imposibles?

Y yo, con voz clara, tenía que repetir como un papagayo:

– Dos. El imposible físico, que el hombre no puede hacer, pero Dios sí puede; por ejemplo: resucitar. El imposible metafísico, que ni al hombre ni a Dios mismo le es permitido, como, por ejemplo, que una cosa, al mismo tiempo, sea y no sea.

«Que ni a Dios mismo le es permitido» ¿Así que había alguna cosa que ni a Dios le era permitida? ¿Y quién era entonces ese otro poder, que, más omnipotente, más por encima de las nubes, no se lo permitía? Mi catecismo, traducido también del francés, con la aprobación de un obispo francés, me enseñaba, por otro lado, que Dios es absoluto, de ilimitado poder, y que sus vastas manos, que hicieron el universo, pueden también deshacerlo. ¿Cuál de los dos libros que el Estado me imponía tenía razón? ¿El catecismo? ¿La lógica? Duda pavorosa, primer tormento del alma, donde sólo veía algo seguro: la R, la *raposa*⁹. Pero muy pronto comprendí que esta lógica, junto con la divertida, jocosa, incomparable retórica, que tuve que memorizar durante todo un año,

⁹ R de reprovado, que en portugués significa «suspense en un examen».

eran disciplinas en las que el Estado no tenía interés en que yo fuese perfecto. Su deseo se concentraba por completo en que supiera mucho francés. Cuando llegué a Coimbra en la diligencia, para hacer el examen de lógica, retórica y francés, el presidente de la mesa, profesor de Instituto, viejo amable y menudo, de muy aseado manteo, les preguntó en seguida a las personas cariñosas que por mí se interesaban:

– ¿Sabe bien francés?

Y cuando le fue garantizado que yo recitaba a Racine tan bien como el viejo Talma, el buen viejo lanzó las manos al aire, con un inmenso alivio.

– ¡Todo perfecto entonces! ¡Ya tenemos un hombre!

Y todo fue perfecto. Recité a Racine, tan majestuosamente como si Luis XIV fuese el catedrático, recogí mi *nemine*, y por la tarde, una cálida tarde de agosto, me comí con delicia una fuente de arroz con leche en la posada del Paço do Conde. Y desde entonces nunca he salido del francés. Cuando en el último año del Bachillerato, el estado, súbitamente, se acordó de que era conveniente que yo tuviera algunas nociones sobre el universo, fue a través de un compendio francés, el *Langlebert*, como me relacioné con los tres reinos de la naturaleza. Conocí más tarde en París a ese Langlebert, que es médico, en el barrio Latino. Le conté cómo en las páginas tan sabiamente compiladas por él, había aprendido de memoria la fórmula química del agua y la teoría del pararrayos. Langlebert, mesándose risueño la espesa y larga barba, me miró con ternura, como a un bárbaro del que se saca provecho:

– Oui, oui, vous n’avez pas de ces livres là-bas... Et j’en suis bien aise! Ça me fait une jolie rente...

¡Seguro que sacaba una buena renta de que no tuviésemos esos libros *acá abajo!*

Otros sacaban también buenas rentas, ellos o sus editores, porque, nada más entrar en la Universidad, fui abriendo mi surco de licenciado por medio de libros franceses. Derecho Natural, Derecho Público, Derecho Internacional, todos los Derechos, en compendios o tratados, eran franceses, bien compilados abiertamente del francés, bien secretamente rapiñados del francés. Y, sobre la mesa de pino azul de mis compañeros de casa, sólo se apilaban libros franceses de matemáticas, de cirugía, de física, de química, de teología, de zoología, de botánica. ¡Todo francés! Algunas lecciones eran dadas en francés, por preclaros